

HAY UN CAMINO DE VUELTA A DIOS

William MacDonald

Título del Inglés Original: There is a way back to God

copyright by William MacDonald

www.william-macdonald.org

published by

Chamada da Meia-Noite

Caixa Postal 1688

90001-970

Porto Alegre/RS

Brasil

www.llamada.com.br

Telefono: +5551 3241 5050

HAY UN CAMINO DE VUELTA A DIOS

¿Qué le sucedió a Bud?

Antes de convertirse en cristiano, había sido un marinero borracho y blasfemo. Si alguien le hubiese dicho que alguna vez iba a ser religioso se habría reído y quizás habría lanzado un insulto. Bud trataba de impresionar a sus compañeros marineros con su capacidad para beber licor y con su libertina vida amorosa, pero en realidad era un personaje patético, torpe y tambaleante.

Pero un marinero del portaaviones no se dejaba impresionar por Bud y su vida desordenada, se llamaba Chuck y era líder de una clase bíblica que se reunía semanalmente en una de las barracas. Él y Bud habían estado juntos en el centro de entrenamiento, Chuck había hablado varias veces con Bud sobre su vida desastrosa y de la necesidad que tenía de Cristo. Aunque la respuesta había sido hostil al principio y luego con fingido desinterés, Chuck fue paciente y persistente.

Bud se negaba a asistir a la clase bíblica pues esto habría destruido la imagen que se había esmerado en crear, pero en breves encuentros y conversaciones con Chuck había hecho preguntas que revelaban un sentimiento interior de necesidad.

Una noche, cuando Bud volvía al barco después de haber pasado largas horas bebiendo en Honolulu fue atacado por tres matones, apaleado, robado y dejado inconsciente en un callejón. Lo encontró la Patrulla Costera y lo llevó al barco, donde tuvo que pasar dos días en la enfermería. Al poco tiempo se encontró con Chuck en el comedor, cenaron juntos y luego fueron a la barraca para conversar. Viendo que Bud estaba ya preparado Chuck le presentó las buenas nuevas de salvación y luego lo invitó a que se entregase totalmente

Totalmente quebrantado, Bud se arrodilló junto a una hilera de cajas y dijo: «Oh, Dios, he estado hasta ahora en la oscuridad, pero ahora veo la Luz.» Su vida quedó transformada. Toda su falsa imagen de hombre duro desapareció. Abandonó varios hábitos impuros casi inmediatamente. Comenzó a asistir a la clase bíblica. Allí aprendió a tener a diario un tiempo devocional. También comenzó un programa sistemático de memorización de las Escrituras. Y comenzó a dar testimonio a sus compañeros.

Al principio era difícil aceptar las burlas, especialmente cuando había un grupo de compañeros alrededor. «El "diablo rojo" -decían burlonamente-, se ha transformado en un "diácono". Pero por lo general, él no se dirigía al grupo, sino que hablaba personalmente con los compañeros acerca del Señor cuando tenía una oportunidad. Después de unas semanas, las burlas disminuyeron. El cambio en su vida, su consecuente testimonio y su manera de actuar afable y extrovertida le ganaron una cierta medida de respeto.

Durante el resto de su tiempo en la Marina, Bud siguió creciendo espiritualmente. Sucedió a Chuck como líder de la clase bíblica cuando Chuck fue trasladado a otro portaaviones. Por medio del testimonio y de la enseñanza de Bud, treinta y cinco hombres en el barco profesaron fe en el Señor Jesús.

Esto fue hace más de seis años. Ahora Bud está en la vida civil, viviendo en Homestead, Arizona. Está casado y tiene dos hijos: un varón y una niña. Trabaja como vendedor para una compañía nacional de aire acondicionado.

Pero ya no está «ardiendo» para el Señor. Nunca se acerca a una iglesia, tampoco lo hace su mujer, y los niños nunca han asistido a la Escuela Dominical. Bud no tiene amigos cristianos; de hecho, parece evitar a los cristianos tanto como puede.

Hace dos semanas, Chuck tuvo permiso para ir a su casa en Texas. Se detuvo en Homestead para visitar a Bud (había oído que las cosas no iban demasiado bien). Cuando Chuck se detuvo delante de la casa, Bud estaba allí, ocupado con su auto. Se saludaron con verdadera cordialidad, pero algo faltaba. Había una sensación de incomodidad. La vieja confianza había desaparecido. Al cabo de diez minutos, Chuck decidió romper la barrera. -«¿Qué te ha pasado, Bud?»

Bud no contestó; sólo aplastó con el pie el cigarrillo en el piso. Chuck volvió a probar. -Bud, nadie podría decirme que no fuiste salvo aquella noche en el barraca. Bud miró hacia la casa para cerciorarse de que nadie le escuchaba. Luego dijo: -Desde luego, fui salvo... pero estoy alejado del Señor. «Salvo... ¡pero estoy alejado del Señor!»

¿Qué le había sucedido a Bud?

¿Cómo se apartó del Señor?

¿Puede volver?

¿Y cómo?

LA COMUNION ES UN DÉBIL HILO

El caso de Bud es un fenómeno bien típico en la vida cristiana, se le llama recaída. Un recaído es un verdadero creyente que está fuera de comunión con Dios debido a algún pecado no confesado en su vida.

¿Qué queremos decir por estar fuera de comunión con Dios? Lo siguiente: Dios es santo y sin pecado. No hay ninguna tiniebla en Él (1Jn 1:5). Para poder andar en comunión con Dios, el creyente debe confesar y abandonar sus pecados tan pronto como sea consciente de ellos. A fin de cuentas, comunión significa tener algo en común. ¿Cómo pueden dos personas ir juntas en compañía, si no están de acuerdo? ¿Cómo puede uno estar en comunión con Dios si tolera el pecado en su vida, mientras Dios lo condena? (1Jn 1:6, 7).

En una familia humana, la comunión significa que los miembros viven felices en compañía. ¡Pero supongamos que el marido y la mujer se peleen de manera escandalosa! La comunión queda rota. Se asienta una negra nube de resentimiento y de tensión. Y el feliz espíritu de familia queda deshecho hasta que marido y mujer confiesen sus faltas y se reconcilien.

Y así sucede con la familia de Dios. El pecado quebranta la comunión. El delicado hilo de la comunión se rompe. Y este hilo queda roto hasta que el pecado es confesado y echado a un lado. Pero, aunque el pecado rompe la comunión, no rompe la relación. En el momento de la conversión, la persona viene a ser hijo de Dios por medio de la fe en el Señor Jesucristo (Jn 1:12). Esta relación se inicia en el nacimiento espiritual. Nada puede romperla. Una vez que ha tenido lugar un nacimiento, la relación no puede ser cambiada. Es indisoluble.

Por eso la relación del creyente ha sido comparada con una cadena irrompible, mientras que su comunión es como el filamento solitario de una araña. Cuando un cristiano peca, sigue siendo hijo de Dios, pero desaparece el gozo de la felicidad familiar. No pierde su salvación, pero sí pierde el gozo de su salvación.

Esto puede sucederle a cualquier creyente, en la mayoría de los casos comienza con el descuido de la Palabra de Dios y de la oración. Las presiones de la vida van ocupando el tiempo diario devocional. Al apartarnos de la influencia de la Biblia, dejamos de considerar el pecado como algo grave. Desarrollamos una actitud liberal e indulgente. Las tentaciones dejan de parecer peligrosas; de hecho, la expectativa del pecado se convierte en algo atrayente. Nos gusta pensar en ello. Claro que no tenemos intención de hacer tal cosa, pero pensamos tanto en ello que nos familiarizamos con la idea. Luego jugueteamos, frivlizamos y probamos, y finalmente nos zambullimos (Stg. 1:14, 15).

La mayoría de los creyentes recaen en una u otra época de sus vidas. La Biblia nos habla de algunos santos destacados que permitieron que el pecado quebrantase su comunión con Dios: Lot, Sansón, Noemí, David, Jonás, Pedro y Demas; por ejemplo. El cristiano que cree que a él no podría sucederle tal cosa está en grave peligro de caída (I Co 10: 12).

Todo pecado debe ser confesado ante Dios. Pero si otros han sido afectados, debemos confesarlo también a ellos (Mt 5:23, 24), y debemos hacer restitución en todos los casos en los que nuestro pecado haya causado una pérdida tangible a otros. En el momento en que hay una genuina confesión a Dios y a los hombres y se ha efectuado restitución, entonces queda restaurada la comunión con Dios, y el Espíritu Santo puede reanudar Su ministerio predilecto: mantener al creyente ocupado con las glorias del Señor Jesucristo (Jn 16: 14).

¿Significa esto, entonces; que un cristiano puede pecar y quedar sin consecuencias? La respuesta es un evidente NO. Pero al considerar esta cuestión, será útil mostrar la distinción entre la PENA por el pecado y las CONSECUENCIAS del pecado.

Es evidente en la Biblia que el recaído nunca tendrá que pagar la pena eterna de su pecado. Esta pena fue pagada por el Salvador cuando colgaba de la Cruz. Los que creen en Él no vendrán a juicio, sino que han pasado ya de muerte a vida (Jn 5:24). En otras palabras, cuando un verdadero creyente peca, no es por ello condenado al infierno. Cristo hizo una completa satisfacción por la pena del pecado al derramar Su sangre en el Calvario. Dios no demandará el pago dos veces, primero de parte de Cristo, y después de parte de nosotros.

Cuando un hijo de Dios peca, el diablo lo acusa ante el Trono de Dios en el cielo. Entonces el Señor Jesús se presenta como Abogado, señalando a las heridas en Sus manos, pies y costado, y viene a decir: «Pagué por este pecado hace más de mil novecientos años. Cárgalo en mi cuenta» (I Jn 2:1). De modo que el recaído no tiene que pagar las consecuencias eternas de su pecado en el infierno. Pero debemos añadir con toda presteza que sí tendrá que sufrir las consecuencias de su pecado en esta vida y también en el cielo.

Algunas de las consecuencias del pecado en esta vida son:

- a. Dishonor al nombre del Señor.
- b. Testimonio arruinado.
- c. Miseria e infelicidad para otros.

- d. Enorme desperdicio de tiempo y dinero.
- e. Disturbio emocional y físico
- f. Profunda pena y remordimiento.
- g. Miseria y desgracia personal
- h. Oportunidades perdidas de servicio.
- i. Otras personas tropiezan por el ejemplo del recaído

Las consecuencias del pecado en el cielo incluyen:

- a. Pérdida de recompensa ante el Tribunal de Cristo (1Co 3:15).
- b. Una menor capacidad para gozar del Señor y de las glorias del cielo.

Sin embargo, Dios es mayor que todos nuestros pecados. Espera el regreso del recaído. La puerta está siempre abierta. Le espera una regia bienvenida, y el Señor tiene formas maravillosas de predominar sobre nuestro pecado y fracaso para Su propia gloria y para nuestro propio bien.

Hemos visto que la causa de toda recaída es el pecado. Esto es lo que quebranta la comunión con Dios, y la comunión permanece rota hasta que el pecado es confesado y abandonado. Pero ahora debemos observar que la recaída adopta varias formas. Aunque la causa básica es la misma y el remedio es en todos los casos el mismo, sin embargo hay muchas diferentes manifestaciones de esta dolencia espiritual.

FORMAS DE RECAIDA

En primer lugar, deberíamos mencionar la caída moral. Esto se refiere al cristiano que cae en pecado sexual. Como ejemplo, tomemos a A--C. Ha estado casado por quince años y ha sido activo en la iglesia. Era un cristiano normal, quizá con la siguiente excepción: Parecía excesivamente familiar con las mujeres. Tenía buena conversación, facilidad en el trato, y unas manos que se inclinaban a acariciar y a tocar. Todo sucedió cuando estaba fuera de casa, en un viaje de negocios. Desde entonces ha sido irregular en su asistencia a la iglesia. Las cosas nunca han vuelto a ser iguales en casa. Nadie sabe qué sucedió. Todo lo que saben es que es diferente. Frio. Alejado. Callado. Hasta ahora lo ha guardado todo en su interior, y así es como quiere mantenerlo.

Luego está la recaída del tipo hijo pródigo. Es el caso de B--D. Creció en un hogar cristiano protegido y se convirtió el año antes de alistarse en los Marines (grupo de fuerzas especiales del ejército estadounidense). Para él fue un gran alivio apartarse de los frenos de la vida del hogar. Estaba decidido a «vivir a su manera». Durante su tiempo en los Marines, nadie se daba cuenta que era cristiano. Se movía con la corriente de la multitud y procuraba adaptarse tanto como fuese posible. Todo ese tiempo estuvo actuando. No era el verdadero B--D, y lo sabía. En lo más profundo de su ser había un sentimiento de culpa y de insatisfacción.

E--G – tuvo una recaída de tipo intelectual. Después de estudiar en una escuela bíblica, pasó a la universidad. Tenía dos buenas razones para ello. La primera era su decisión de no hacer el servicio militar. La segunda era su deseo de un título de una universidad acreditada. Su especialidad era la filosofía. Al cabo del primer mes, sus creencias cristianas quedaron gravemente sacudidas. Se volvió huraño y crítico. Perdió la simplicidad que hay en Cristo, y quedó lleno de dudas y especulaciones.

Luego, naturalmente, está la recaída del bebedor. H--F, comenzó con la bebida social. Cuando llevaba a sus clientes a cenar, los acompañaba a tomar un cóctel: Pero cuando aumentaron las presiones familiares y de trabajo, se aliviaba bebiendo más. Ahora está aprisionado por el hábito, pero piensa que puede abandonarlo cuando quiera. Cuando piensa en la iglesia y en sus amigos cristianos, se siente casi abrumado de vergüenza, pero para hallar alivio, se toma otro trago.

Otro tipo común de recaída es la del cristiano casado con un incrédulo y que se ha quedado desalentado y vencido, el recaído en yugo desigual. T--S era una radiante muchacha cristiana que testificaba del Señor por doquier. Su novio profesó ser salvo después de haber salido juntos durante tres semanas. Hoy, ella está segura de que aquella fue una falsa profesión. Tienen bien poco en común. En el hogar hay diferencias y discusiones constantes. Los niños son irritables y rebeldes. El marido le dice que no la quiere ni a ella ni a los niños y pasa la mayor parte de sus veladas con sus amigos. Ella se queda en casa, lamentándose y llorando, aunque trató de seguir viviendo para el Señor durante unos pocos años después de casarse, ahora se ha dado por vencida.

Luego tenemos las recaídas por negocios. Puede que no se cometan pecados groseros, pero se permite que los negocios ocupen el tiempo de tal manera que queda poco tiempo para el hogar y para el Señor. Apenas leen la Palabra u oran, y su escasa asistencia a la iglesia es una mera formalidad. Los cuidados de esta vida han agotado su vitalidad espiritual. Son víctimas de la codicia y del materialismo.

Y hay muchos más. Algunos que se han visto frustrados en el amor, o que sufren grandes reveses, se vuelven fríos y carnales. En lugar de aceptar estas cosas como la voluntad de Dios y como bendiciones de incógnito, se vuelven huraños e irritables y pierden su resplandor espiritual.

Algunos tienen un espíritu implacable. Les han perjudicado en algo y todo el mundo lo sabe, pero no están dispuestos a perdonar y a olvidar. De modo que se vuelven vengativos, farisaicos e inmisericordes. Dios no puede dar el perdón paterno a los creyentes no dispuestos a perdonarse unos a otros (Mt 6: 14, 15).

Muchos cristianos caen en una condición de recaída por constantes pendencias en el hogar. Algún desacuerdo carente de importancia destruye la paz del hogar. Las paredes vibran con la pelea. Se rompen las relaciones diplomáticas entre marido y mujer. Se interrumpe el altar familiar. Sería una farsa orar juntos cuando no pueden ni siquiera hablar de manera civilizada los unos con los otros. Nadie está dispuesto a ceder. Son tan inflexibles como barras de hierro. Cada uno piensa que tiene la razón, no dándose cuenta de que ambos están en estado de recaída.

Quizá algunos se sorprenderán al saber que los verdaderos creyentes pueden alejarse tanto del Señor como en los casos que hemos mostrado. Entonces será de ayuda recordar lo siguiente:

1. David fue un recaído moral. Cometió los pecados de adulterio y asesinato (2 S 11:1-27).
2. Noé cometió el pecado de embriaguez después de haber sido salvado a través del juicio divino del diluvio (Gn 9:20, 21).

3. Lot fue un recaído por negocios. Buscó el prestigio y la riqueza en Sodoma (Gn 13:7-11; 19:1-28).

...y todos estos fueron restaurados a la comunión con el Señor. Si ellos pudieron ser restaurados, también puede serlo todo creyente verdadero que se haya extraviado.

EN EL PAÍS LEJANO

Uno de los primeros síntomas de la decadencia espiritual es la acumulación de polvo sobre las tapas de la Biblia. Deja de parecer importante pasar un tiempo regular con la Palabra. ¿Qué diferencia hay si se saltea un día? Pero pronto deja de ser un día. Ahora son varios días, ahora una semana, y finalmente se abandona totalmente el estudio de la Biblia. No hay deseo por las Escrituras, ningún sentimiento de necesidad.

¡Y la oración! Solía formar una parte vital de la vida espiritual. Pero, por la razón que sea, se ha roto la pauta. La vida de oración se vuelve errática, y luego desaparece por entero. A fin de cuentas, la oración parece cosa más bien vaga, intangible y mística, ¿o no?

Por lo que toca a la asistencia a las reuniones de la asamblea local, también allí hay una gradual decadencia. ¡Los mensajes son una cosa muy aburrida! ¡Y muchos de los asistentes son hipócritas religiosos! Quizás sería mejor no ir para nada... Los cristianos pronto se preocupan y tratan de entrar en contacto con él, pero el fugitivo demuestra ser muy escurridizo. Al llegar a este punto, se siente verdaderamente incómodo en presencia de los creyentes.

Más y más, encuentra sus amistades y sus placeres fuera de la esfera de la iglesia. Al principio parece un poco extraño participar en cosas que su madre había siempre llamado «mundanas», pero pronto pierde las inhibiciones y desarrolla una notable tranquilidad y destreza.

Al ir declinando espiritualmente, va oyendo algunas voces de alarma en el camino. Los demás dicen cosas que le duelen, aunque no sean conscientes de ello. En las cartas, artículos del diario y en la televisión ve luces en rojo, pero prosigue sin prestar atención.

El gozo de su salvación ha desaparecido ya desde hace mucho tiempo. Solía poder hablar de manera inteligente y entusiasta acerca del Señor Jesús. Ahora no podría hacerlo, al menos no con entusiasmo. También solía cantar: cantaba como cristiano lleno de alegría. Ahora canta ocasionalmente, pero no las mismas canciones.

Ha desarrollado una actitud crítica hacia la vida en general. Quizás se debe a que nada le va bien. Parece que todas las cosas se le tuercen. Si tan sólo las cosas le salieran bien... pero no. Y por ello, ataca a los demás. Mientras que antes era afable y amable, ahora es duro y sombrío. Al principio tiene que pensar mucho antes de poder cometer un nuevo pecado. Pero después, las defensas han bajado, y ya no parece tan difícil. Luego decide llegar al final de la calle. Para justificarse, desarrolla una serie de complicadas racionalizaciones. Cosa extraña, puede incluso encontrar versículos de las Escrituras que le apoyen en su actual forma de vivir. Y razona en el sentido de que muchos cristianos santurriones hacen cosas peores que las que él hace. Y piensa que el problema de la mayoría de los cristianos es que son demasiado legalistas, y que sus padres fueron demasiado estrictos con él cuando era niño. Para cuando ha terminado, está diciendo que ciertos pecados no son pecados porque se hacen con amor. Está demostrando que lo negro es blanco.

Pero la verdad es que se siente desgraciado. Sabe demasiado para sentirse feliz con esta clase de vida. Pero nunca querrá admitirlo. Es un buen actor, y puede dar una apariencia de no tener problemas. Lo último que querría sería derrumbarse y confesar su miseria interior. Está viviendo constantemente una doble vida, siempre tratando de mantener su estado oculto, y tiene el constante temor de quedar en evidencia. Quizá incluso recurre a sobornos para protegerse.

Algunas veces se sorprende de las situaciones en las que se encuentra, tolera condiciones contra las que habría protestado enérgicamente antes. Se da cuenta de que sus más pobres amigos cristianos están mejor que él. Pero parece atrapado. Y lo soporta con resignación. En el área del habla es donde más ha cambiado. Debe ser cosa bastante mala cuando algunos de sus amigos impíos le reprende: «Solías hablar con decencia cuando llegaste aquí, pero da pena oírte ahora.» Le duele profundamente ser recriminado por unos disolutos como ellos.

¡Pero no todos los males son estos! Está la cuestión de la pérdida de oportunidades para testificar. ¡Ve a tantos de sus amigos en una profunda necesidad espiritual! ¿Y qué les puede decir? Algunos incluso acuden a él y le hacen preguntas que dejan la puerta abierta para hablar de su Señor. Pero sus labios están cerrados. Una o dos veces intentó débilmente dar un poco de ayuda espiritual, pero alguien le dijo: «Si crees esto, ¿qué estás haciendo aquí?» Después de esto, decidió que sería mejor no decir nada.

Quizá lo más chocante de todo esto es que al menos una vez se ha hundido en profundidades a las que los incrédulos apenas llegan. Se siente abatido cuando piensa en ello. A menudo querría hablar con alguien de estas cosas, pero nadie le comprendería. De modo que se guarda todo en su interior. Y se siente asombrado de cómo el amor se torna en odio. Ahora, al pensar en su compañero de pecado, lo odia con un odio tan profundo como el amor que antes le tenía (2 S 13:15).

La vida parece haberse convertido en una noria. Trabaja más que nunca, pero nunca parece llegar a ninguna parte. El dinero se le va de las manos y de los bolsillos. Surgen gastos desacostumbrados, como las reparaciones del auto después del accidente. Y el incendio accidental por descargas eléctricas en el apartamento. También se encuentra con las facturas del médico. Ha hecho frecuentes visitas a los médicos, y le han hecho multitud de chequeos. Hasta ahora no han encontrado problemas orgánicos. Pero el dolor sigue ahí, y otros síntomas.

Vive con la esperanza de que pronto le cambien las circunstancias. Las cosas no pueden siempre ir tan mal como ahora. Quizá si B--- muriera, esto resolvería el problema. De modo que espera un funeral que nunca llega. Quizá su propio funeral podría incluso solucionar el problema. Ha pensado en esto -ha pensado incluso en acabar de una vez- pero sólo se ha atrevido a llegar hasta aquí.

TOCANDO FONDO

Más tarde o más temprano ha de llegar un desenlace. Si una persona es verdaderamente creyente, no puede seguir alejada de Dios de manera indefinida. Ha de haber un momento en que toca fondo. El fondo podría ser una fosa abierta en un frío día de invierno, mientras contempla como desciende un pequeño ataúd blanco en la tierra.

El fondo puede ser un accidente en el que milagrosamente es el único superviviente. Puede que sea una cama de hospital donde se queda hora tras hora en solitario, para pensar y ensimismarse.

O puede que no sea nada de todo lo anterior. Puede que sea sencillamente el fin de la fortaleza humana. El momento en que abandona toda esperanza de poder solucionar sus propios problemas.

Se podría decir que se trata de un tiempo de desesperación y de frustración absoluta, parece inútil seguir luchando. Quedan cerradas todas las posibles rutas de escape.

LAVOZ QUE SUSURRA «NO HAY ESPERANZA»

Justo en este momento crucial hay una voz que susurra: «No hay esperanza.»

«De nada vale intentarlo.»

«Más valdrá que lo dejes.»

«Todo lo que puedes hacer es cooperar con lo inevitable.»

«De todas formas, las cosas nunca podrán volver a ser lo que eran. El pájaro con un ala rota nunca vuelve a volar tan alto como antes... «Has pecado hasta el punto de perder tu día de oportunidad.»

«Has rebasado el punto de retorno.»

«La leche derramada, no se puede recoger...»

Y la voz sigue lanzando sus ecos por el largo y vacío corredor.

«No hay esperanza.»

«No hay salida.»

«Más allá de toda restauración.»

«Imposible.»

LA VOZ QUE DICE: «VUELVE.»

Pero en aquella oscura y solitaria hora se oye otra Voz, y esta Voz está llena de resplandeciente promesa. Dice:

«Hay un camino de vuelta a Dios.»

«La puerta está siempre abierta.»

«El pasado puede ser perdonado y borrado. La culpa acumulada de un millón de pecados puede ser purificada en un momento.»

«Las cosas pueden ser tan buenas como fueron, e incluso mejores... «Dios puede restaurar los años que se comió la langosta.»

«Nada hay demasiado difícil para el Señor. Ni siquiera tú.»

«¿Por qué no vuelves a casa?»

LA DECISION CRUCIAL

Luego llega el gran momento de la decisión. Se siente desgarrado por emociones contrapuestas. Por una parte, está la vergüenza atormentadora de admitir el pecado y el fracaso. Por la otra está el anhelante deseo de volver al hogar y arreglar las cosas.

Tan pronto como piensa en dar media vuelta, mil demonios parecen estarle sujetando. Se maravilla de que un cuerpo humano pueda contener unas tensiones tan violentas y contrarias.

Una vez más oye la voz de Dios: no es una voz dura ni vengativa, sino tierna y amante: Vuelve... a Jehová tu Dios; es tu pecado el que te ha hecho tropezar. Llevad con vosotros palabras de súplica, y volved a Jehová, y decidle: Quita toda iniquidad, y acepta lo que es bueno, y te ofreceremos en vez de terneros la ofrenda de nuestros labios» (Os 14: 1, 2).

Luego llega el momento de la gran resolución. El dique de tensiones acumuladas se rompe de repente. Comienzan a fluir las lágrimas, con sollozos que brotan de un corazón quebrantado. El terco y orgulloso recaído yace postrado a los pies del Salvador.

Pronto están hablando los labios temblorosos:

«Ten piedad de mí, oh Dios, conforme a tu misericordia; conforme a la multitud de tus piedades borra mis rebeliones. Lávame más y más de mi maldad, y límpiame de mi pecado. Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí. Contra ti, contra ti solo he pecado, y he hecho lo malo delante de tus ojos; para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio. He aquí, en maldad he sido formado, y en pecado me concibió mi madre. He aquí, tú amas la verdad en lo íntimo, y en lo secreto me has hecho comprender sabiduría. Purifícame con hisopo, y seré limpio; lávame, y seré más blanco que la nieve. Hazme oír gozo y alegría, y se recrearán los huesos que has abatido.

Esconde tu rostro de mis pecados, y borra todas mis maldades. Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio, y renueva un espíritu recto dentro de mí. No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo Espíritu. Vuélveme el gozo de tu salvación, y espíritu noble me sustente.

Entonces enseñaré a los transgresores tus caminos, y los pecadores se convertirán a ti.

Librame de homicidios, oh Dios, Dios de mi salvación; cantará mi lengua tu justicia.

Señor, abre mis labios, y publicará mi boca tu alabanza. Porque no quieres sacrificio, que yo lo daría; no quieres holocausto.

Los sacrificios de Dios son el espíritu quebrantado; al corazón contrito y humillado no despreciarás tú, oh Dios» (Sal 51: 1-17).

«He pecado contra el cielo y ante ti. Ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; hazme como a uno de tus jornaleros» (Lc 15: 18b, 19).

Aparece ya una sensación de enorme alivio. Se ha levantado una carga. Ha amanecido una gran luz: el amanecer de un nuevo día. Las palabras del apóstol Juan vienen a su mente: «Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad» (1Jn 1:9). Se aferra a esta promesa como si todo dependiese de ella.

Luego recuerda cómo volvió el hijo pródigo y cuál fue la regia bienvenida que le esperaba. .

«Y levantándose, marchó hacia su padre. Y cuando aún estaba lejos, lo vio su padre, y fue movido a compasión, y corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó efusivamente. Y el hijo le dijo: Padre, he pecado contra el cielo y ante ti, y ya no soy digno de ser llamado tu hijo. Pero el padre dijo a sus siervos. Sacad de prisa el mejor vestido, y vestidle; y poned un anillo en su mano, y calzado en sus pies. Y traed el becerro engordado y matadlo, y comamos y hagamos fiesta; porque este mi hijo estaba muerto, y ha revivido; se había perdido, y ha sido hallado. Y comenzaron a regocijarse.»

Y piensa especialmente en las palabras «... su padre... corrió, y se echó sobre su cuello, y le besó efusivamente». Se da cuenta de que esto es lo que le ha sucedido también a él. El Padre le vio cuando estaba todavía lejos. Corrió y le abrazó y le besó. Comprende ahora lo que significan estas palabras, porque está gozando del beso del padre.

el mejor vestido...

un anillo en su mano...

calzado en sus pies. Y...

el becerro engordado...

LLAMADME AMARGA

Las campanas han comenzado a tañer en su alma, pero sigue habiendo un gran obstáculo: la vuelta a su familia y amigos cristianos. Se encoge de vergüenza ante el pensamiento de tener

que comparecer ante ellos. Teme la reacción de ellos. ¿Se mostrarán fríos y distantes?
¿Intentarán evitarlo? ¿O se mostrarán acerbos y críticos?

Recuerde a Noemí en el Antiguo Testamento. Cuando volvió a Belén tras un tiempo de alejamiento y recaída en Moab, la gente preguntaba: «¿No es ésta Noemí?»

Ella respondió: «No me llaméis Noemí (que significa Placentera), sino llamadme Mara (que significa Amarga); porque en grande amargura me ha puesto el Todopoderoso. Yo me fui llena, pero Jehová me ha vuelto con las manos vacías» (Rt 1:19-21).

Sus temores acerca de cómo su familia y sus amigos le recibirán carecen de fundamento. Lo que le dan es una maravillosa bienvenida, casi como si hubiese vuelto de los muertos. Le dan un cálido apretón de manos, algunos le abrazan, y las lágrimas corren libremente. No hay recriminaciones. Nadie dice: «Te lo había advertido.» Todos están contentos de veras de verle de vuelta. Él trata de pedir perdón por la deshonra que ha causado al Nombre del Señor, por el dolor que ha causado a su familia, por la tristeza que ha provocado a los cristianos en la iglesia local. Pero ellos le interrumpen afirmando que ha sido perdonado, y con expresiones de gratitud porque sus oraciones han sido contestadas. Él pensaba que le harían entrar a gatas, en humillación; pero aquí los tiene, tratándole con amor y misericordia.

Cada latido del corazón dice: «¡Es maravilloso! Estar de vuelta en la comunión con el Señor y con Su pueblo. Tener restaurado el gozo de Su salvación. Experimentar el beso del Padre... De hecho, es algo así como haber nacido de nuevo. El pensamiento penetra a través de su mente: «Me pregunto si jamás había sido salvo antes... Pero entonces la cuestión parece más bien académica. Si nunca lo había estado antes, lo está ahora, y eso es lo que cuenta.

El sentimiento de alivio es abrumador. ¡No estar conteniendo más con el Señor! ¡No estar orgulloso ni mal dispuesto a quebrantarse! ¡No estar siempre huyendo!
¡No puede terminar de creerlo! ¡El mejor vestido! ¡Un anillo en el dedo! ¡Calzado en los pies!
¡El ternero engordado! ¡La fiesta que empezó pero que nunca acababa! ¡Y si tener un hermano mayor que desease que el hijo perdido no volviese al hogar!

LA CERTIDUMBRE DEL PERDON

Es maravilloso ser restaurado al Señor. Sin embargo, eso no significa que no vaya a haber problemas en adelante. Muchos creyentes que son devueltos a la comunión con Dios pasan tiempos terribles de convicción, de duda y de depresión. ¡Encuentran difícil creer que han sido verdaderamente perdonados!

Examinemos algunas de las dificultades comunes a las que hacen frente.

1. ¿Cómo puedo saber que Dios me ha perdonado?

Lo puedes saber por la Palabra de Dios. Él ha prometido una y otra vez perdonar a los que confiesan y abandonan sus pecados. Nada hay tan seguro en el universo como la promesa de Dios. Para saber que Dios te ha perdonado, has de creer Su Palabra. Atiende lo que dicen estas promesas:

«El que encubre sus pecados, no prosperará; mas el que los confiesa y se enmienda alcanzará misericordia» (Pr 28:13).

«Yo deshice como una densa nube tus rebeliones, y como niebla tus pecados; vuélvete a mí, porque yo te redimí» (Is 44:22).

«Deje el impío su camino, y el hombre inicuo sus pensamientos, y vuélvase a Jehová, el cual tendrá compasión de él, y a nuestro Dios, el cual será amplio en perdonar» (Is 55:7).

«Venid y volvamos a Jehová; porque él ha desgarrado, y él nos curará; él hirió, y él nos vendará» (Os 6: 1).

«Si confesamos nuestros pecados, él es fiel y justo para perdonarnos nuestros pecados, y limpiarnos de toda iniquidad» (1 Jn 1:9).

2. Sé que me perdonó cuando fui salvo, pero cuando pienso en los terribles pecados que he cometido como creyente, me es difícil creer que Dios me pueda perdonar por ellos. ¡Me parece que he pecado contra una intensa luz y un gran privilegio!

David cometió adulterio y asesinato; sin embargo, el Señor lo perdonó (2 S 12:13).

Pedro negó tres veces al Señor; sin embargo, el Señor le perdonó (Jn 21:15-23).

El perdón de Dios no se limita a los inconversos. Él promete también perdonar a los recaídos:

«Yo sanaré su apostasía, los amaré de buen grado; porque mi ira se apartó de ellos» (Os 14:4).

Si Dios pudo perdonarnos cuando éramos Sus enemigos, ¿será menos perdonador ahora que somos Sus hijos?

«Porque si siendo enemigos, fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo, mucho más, habiendo sido reconciliados, seremos salvos por su vida» (Ro 5: 10)

Los que temen que Dios no los puede perdonar están más cerca del Señor de lo que piensan, porque Dios no puede resistir a un espíritu quebrantado (Is 57: 15). Él puede resistir al soberbio y al rebelde, pero no despreciará al hombre verdaderamente arrepentido (Sal 51: 17).

3. Sí, pero, ¿con cuánta frecuencia perdonará Dios? Cometí un cierto pecado, y Dios me perdonó. Pero lo he hecho varias veces desde entonces. Lo cierto es que Dios no puede perdonar indefinidamente.

Esta dificultad recibe su respuesta de manera indirecta en Mateo 18:21, 22:

«Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete veces, sino aun hasta setenta veces siete.»

Aquí el Señor enseña que deberíamos perdonarnos unos a otros, no siete veces, sino setenta veces siete, lo que es otra manera de decir que indefinidamente.

Ahora bien, si Dios nos enseña a perdonarnos indefinidamente, ¿cuántas veces está Él dispuesto a perdonarnos? La respuesta es evidente.

Este conocimiento no debería inducirnos al descuido ni alentarnos a pecar. Por el contrario, una gracia tan maravillosa es la razón más poderosa por la que el creyente no debería pecar.

El problema que tengo es que no me siento perdonado.

Dios nunca ha tenido el designio de que la seguridad del perdón venga a través de los sentimientos. En un momento uno podría sentirse perdonado, y al siguiente podría considerarse tan culpable como siempre.

Dios quiere que sepamos que hemos sido perdonados. Por eso, Él ha basado la certidumbre del perdón en lo más seguro del universo: Su propia Palabra. Su Palabra, la Biblia, dice que si confesamos nuestros pecados, Él nos perdona (1 Jn 1:9).

Lo importante es haber sido perdonado, ya sea que lo sientas o no. Una persona podría sentirse perdonada sin serlo. En tal caso, sus sentimientos le engañarían. En cambio, una persona podría

estar verdaderamente perdonada y no sentirlo. ¿Qué diferencia marcan estos sentimientos, siempre que Dios le haya perdonado?

El recaído arrepentido puede saber que ha sido perdonado en base a la principal autoridad: la Palabra del Dios Vivo.

5. Temo que al apartarme del Señor, he cometido el pecado imperdonable. La recaída no es el pecado imperdonable. En realidad, hay al menos tres pecados imperdonables mencionados en el Nuevo Testamento, pero pueden ser cometidos sólo por incrédulos.

(a) Es imperdonable atribuir al diablo los milagros de Jesús, que fueron llevados a cabo por el poder del Espíritu Santo. Es decir que el Espíritu Santo es el diablo, lo cual es por consiguiente blasfemar contra el Espíritu Santo {Mt 12:22-32}.

(b) Profesar ser creyente y luego repudiar totalmente a Cristo es un pecado para el que no hay perdón. Este es el pecado de apostasía mencionado en Hebreos 6:4-6. No es lo mismo que negar a Cristo; Pedro lo hizo y fue restaurado. Es el pecado voluntarioso de pisotear al Hijo de Dios, considerando Su sangre como inmunda, y ultrajando al Espíritu de gracia (He 10:29).

(c) Morir en incredulidad es imperdonable (Jn 8:24). Este es el pecado de rehusar creer en el Señor Jesucristo, el pecado de morir contumaz y sin fe en Él.

La diferencia entre un verdadero creyente y uno que no es salvo es que el primero puede caer siete veces, pero se vuelve a levantar.

«Por Jehová son afianzados los pasos del hombre, y él aprueba su camino. Cuando cayere, no quedará postrado, porque Jehová sostiene su mano» (Sal 27:23, 24).

«Porque siete veces cae el justo, y vuelve a levantarse; mas los impíos se hundirán en la desgracia» (Pr 24: 16).

6. Creo que Dios me ha perdonado. Pero yo no puedo perdonarme a mí mismo.

Para cualquiera que haya recaído (¿y hay acaso algún creyente que no haya pasado por esto en algún grado?), esta actitud es bastante comprensible. Con tanta agudeza y claridad sentimos nuestra absoluta indignidad y fracaso.

Sin embargo, esta actitud es irracional. Si Dios ha perdonado, ¿por qué he de permitir estar acosado por sentimientos de culpa?

La fe se aferra al perdón como una realidad, y olvida el pasado, excepto como una sana advertencia para no apartarse otra vez del Señor.

LAS CONSECUENCIAS DE LA RECAÍDA

Por lo dicho hasta ahora, podría surgir la idea de que un cristiano puede pecar y salirse con la suya. En otras palabras, todo lo que ha de hacer es confesar el pecado y abandonarlo. Suena a demasiado fácil. Por ello, es importante volver a distinguir entre el perdón de los pecados y las consecuencias de los pecados. En cuanto al perdón, ya hemos observado que hay dos clases: el judicial y el paterno.

(a) Cuando alguien confía en Jesucristo como Señor y Salvador, recibe el perdón judicial de sus pecados. Esto significa que Dios, como Juez, lo perdona sobre la base de la obra de Cristo en el Calvario (Jn 3:18a). El pecador que cree nunca tendrá que pagar la pena de sus pecados, por cuanto el Salvador la pagó en la cruz (2 Co 5:21).

(b) Cuando un creyente peca, y después confiesa sus pecados, recibe el perdón paterno. Esto significa que Dios, como su Padre, lo perdona y restaura a la comunión en la familia (1 Jn 1:9).

Pero debemos también recordar que el pecado tiene consecuencias, y que a veces estas consecuencias persisten a través de la vida y que prosiguen hacia la eternidad. Esto se puede ilustrar en las vidas de personajes bíblicos:

(a) Abraham se casó con Agar durante un periodo de recaída y desaliento (Gn 16: 1-16). Sus descendientes (los ismaelitas) han sido acerbos enemigos del pueblo terrenal de Dios desde aquel entonces.

(b) Como resultado de su recaída, Lot perdió a su mujer, a sus yernos, su testimonio, y casi su misma vida (Gn 19: 14-26). También vino a ser padre de los moabitas y amonitas, crueles enemigos del pueblo de Israel (Gn 19:33-38).

(c) Sansón perdió su castidad, libertad, testimonio, vista, y finalmente su misma vida (Jue 16).

(d) Noemí perdió a su marido y a sus dos hijos, que murieron en tierra extraña (Rt 1:3, 5).

(e) David fue perdonado de sus pecados, pero le fue demandada la cuádruple restauración por el asesinato de Urías. Posteriormente murieron cuatro de sus hijos:

(1) Murió el bebé nacido de Betsabé (2 S 12:19).

(2) Amnón murió a manos de Absalón (2 S 13:28, 29).

(3) Absalón fue muerto por Joás y sus hombres (2 S 18:14, 15).

(4) Adonías fue muerto por Benaías (1 R 2:24, 25).

Dios dijo a David que la espada jamás se apartaría de su familia, y nunca se apartó (2 S 12: 10).

A David no le fue permitido edificar el Templo debido a su fracaso (1 Cr 22:8).

Las consecuencias de su pecado persisten hasta el día de hoy. Por su recaída, dio gran ocasión de blasfemar a los enemigos del Señor (2 S 12:14). Los ateos en la actualidad siguen blasfemando contra Dios por llamar a David un hombre según Su corazón, después que David actuase tan malvadamente.

¿Quién puede jamás medir las consecuencias de la recaída? Por ejemplo, el tiempo perdido fuera de comunión con Dios. La pérdida de recompensa ante el Tribunal de Cristo.

¿Y qué hay de la influencia del recaído sobre otros? ¿Cuántos no habrán tropezado por su mal ejemplo? ¿Cuántos padres no han vivido para ver su pecado repetido en su familia? ¿O para ver a sus hijos apartados de la fe cristiana? ¡Qué precio se ha de pagar por un breve momento de pecado!

¿Y qué hay de las oportunidades desperdiciadas? Ninguna lágrima puede jamás recuperarlas.

¿Quién puede describir el remordimiento del recaído? ¿Quién puede hablar de las convulsiones de su conciencia? ¿Quién conoce la contaminación de mente y espíritu que reaparece durante los momentos más sagrados de la vida?

Todas estas cosas nos recuerdan que un cristiano no puede pecar sin un gran costo. Sigue siendo cierto que «de sus caminos recibirá hartura el necio de corazón» (Pr 14: 14). Y sabemos por la Escritura y por experiencia que «todo lo que el hombre siembre, eso también segará» (Gá 6:7).

PROSIGUIENDO A LA META

Aunque es cierto que las consecuencias del pecado son costosas, es también cierto que Dios es un Dios de restauración. Anhela ver al recaído restaurado y levantándose por encima de todos los fracasos del pasado, y viviendo una vida llena del Espíritu. ¿Cómo puede el cristiano conseguir esto? ¿Cómo puede estar seguro de que no cometerá otra vez el mismo error?

1. Lo primero que debería hacer es limpiar su vida de una manera completa. Esto puede incluir quemar ciertos libros, librarse de ciertos objetos que formen hábitos nocivos, destruir todo aquello que pueda estimular los deseos pecaminosos. Incluso cierto tipo de ropa puede conducir a asociaciones impuras. Judas dice que debemos aborrecer el vestido manchado por la carne

(Jud 23). Aferrarse a cosas materiales que estimulan malos deseos revela la insinceridad en el arrepentimiento o la ignorancia acerca de la propia capacidad de resistir a la tentación.

2. Lo segundo que se debe hacer para mantener la comunión es confesar constantemente todo pecado. Tan pronto como uno se hace consciente del menor mal en su vida, debería llevarlo al Señor, llamar aquello por su nombre, y juzgarlo en Su presencia (ICo 11:31). Debe haber quebrantamiento en cuanto a esto; una continua disposición a ponerse del lado de Dios contra el pecado y contra el ego.

3. Luego debería haber una plena entrega de la propia voluntad al Señor (Ro 12: 1, 2). Esto comienza como una experiencia de crisis, pero prosigue como un hábito constante. Hay fuerza y seguridad en estar rendido a la voluntad de Dios, sea cual fuere. Cuando afirmamos nuestra propia voluntad, nos adentramos en una zona de peligro.

4. Y desde luego, el creyente ha de leer y obedecer a diario las Escrituras (Sal 119:9, 11). De esta manera quedamos advertidos contra tropiezos, somos conducidos de una manera positiva y somos fortalecidos contra las tentaciones que nos sobrevienen. No es suficiente con leer la Palabra o escucharla. Debemos estar listos para hacer todo lo que el Señor nos dice (Stg 1:22). Esta actitud de profundo sometimiento a las Escrituras es indispensable (Is 66:2).

5. La oración ha de ser asimismo una fuerza viva y vital, en la vida del creyente (Fil 4:6, 7). Básicamente, la oración es hablar con Dios. Es tomarle en cada área de nuestras vidas, buscar Su conducción y reconocer Su Señorío. La oración debería incluir el constante clamor: «No nos metas en tentación, mas líbranos del mal» (Mt 6:13).

6. Otra influencia santificadora en la vida del cristiano es la asistencia regular a las reuniones de la asamblea local (He 10:25). La asociación con otros creyentes resulta en edificación y fortalecimiento (Pr 27: 17). Asimismo, la rememoración constante del Salvador en la Cena del Señor es un poderoso freno al pecado (ICo 11:23-24).

7. El creyente debería también tratar de mantenerse ocupado para el Señor (Ef 5: 15, 16). La tentación es más intensa en los momentos de ocio, cuando la mente está en estado neutro y el cuerpo excesivamente adormecido. De modo que hay protección en aprovechar bien el tiempo para el Señor, haciendo lo que nuestras manos encuentren para llevar a cabo (Ec 9:10).

8. También es importante que el creyente se ponga en una situación en la que tenga que confiar en el Señor. Somos llamados a vivir por fe. Pero esto es algo que exige una acción deliberada de nuestra parte. Lo natural es vivir por vista, poner a nuestro lado tesoros sobre la tierra, acumular reservas, apoyarnos en seguridades y muletas financieras. Andar por fe significa que estamos contentos con alimento, vestido y un lugar donde vivir (ITi 6:8), y que invirtamos todo lo demás en la obra del Señor, y que confiamos en Él para el futuro.

9. Finalmente, el cristiano que quiere evitar la recaída debería andar humildemente delante del Señor todos los días de su vida (Is 38:15). No hay una solución de una vez por todas al problema de vivir una vida cristiana victoriosa. Es un andar constante en humilde dependencia del Señor (Pr 3:5,6).